

complejo tan definitoria del maestro aragonés) con que todo le es mostrado. Unido, además, a un particular sentido del humor y la ironía que discurre a lo largo del film, que se basa en lo insólito de las situaciones para mejor definirlos, en el absurdo de los comportamientos para demostrar con más fuerza la irracionalidad de sus motivaciones. Y así, mediante el poder de una imaginación que no se detiene ante barreras convencionales, que da el mismo peso a "lo real" y a "lo ficticio", a "lo consciente" y a "lo inconsciente", que se complace en su carácter creativo e incansablemente renovador, "La Vía Láctea" logra transformar en verdadero gozo cinematográfico algo tan en principio anticinematográfico como la historia de la religión.

### "El mirón"

Haber visto "El fin de la inocencia" era un dato más que respetable para huir de las películas firmadas por J. A. Larraz. Sin embargo, está claro que hubiera sido esa una medida deformadora. Se estrena ahora "El mirón" y hay que convenir, independientemente de la coherencia de la carrera de su autor, que estamos ante una película digna, cuando no sugestiva y de aciertos. Quizá película desigual que no acaba de completar las sugerencias formuladas (no en orden a un desenlace anecdótico, sino en cuanto a una formulación dramática), pero decidida a plantear sólo el "caso" preciso que retrata sin añadirle cosechas literarias o deformadoras.



"La Vía Láctea" ("La Vía Láctea", 1969), de Luis Buñuel.

Una vez comprobado este "milagro" —no precisamente sacro—, accedemos al nivel de reflexión que plantea "La Vía Láctea". Un nivel de reflexión que se distingue por su ataque contra la intolerancia y el fanatismo, que demuestra "ad absurdum" hasta qué punto el hombre puede destruirse en querrelas inútiles y bizantinas. A través de una continua confrontación entre las teorías dogmáticas o heréticas y la realidad de esos dos peregrinos mendicantes que no tienen donde caerse muertos, Buñuel manifiesta su auténtica postura ante la práctica católica, cuya gratuidad e inutilidad ya aparecían dibujadas en "Nazarín", "Viridiana" o "Simón del desierto". Con la ayuda de unos excelentes profesionales (entre los que destacan Jean-Claude Carrière, el operador Christian Matras y los dos protagonistas), Buñuel hace de "La Vía Láctea" —en resumen— una de sus obras maestras. ■ FERNANDO LARA.

"El mirón" es la historia de un marido neurótico, de sus obsesiones, sus represiones, sus agresividades y su soledad. Larraz se limita a exponer esas circunstancias, sin añadirle cosecha que conduzca la historia hacia derroteros más eficaces comercialmente falsos. De hecho, un personaje como el que interpreta (espléndidamente) Héctor Alterio no acabará nunca por realizar las ensoñaciones de las que presume: nunca comprará una pistola para matar a su mujer, nunca verá realizado su sueño del "ménage a trois", nunca aclarará sus dudas sobre los celos. Será un personaje que acabará la película como la empezó: el intermedio es justamente lo que Larraz expone.

De cualquier forma, "El mirón", independientemente de sus aciertos narrativos, ofrece una serie de aciertos "técnicos" muy poco habituales en el cine español "de género". La calidad (o la inteligencia) de los colaboradores de una película

sólo suelen apreciarse, sorprendentemente, cuando se trata de una película de mayor autoría y ambición que lo es ésta. Sin embargo, desde la música al montaje, pasando por la fotografía, los decorados y la sorprendentemente excelente actriz Alexandra Bastedo, realizan un trabajo profesional respetable e interesante, con independencia de que, en definitiva, "El mirón" sea algo más que una película de serie o de las llamadas "menores".

Son estos fundamentalmente los valores de la película. Cuando se tiene que padecer el conjunto del cine español y encontrarse con películas realizadas como churros sin el menor respeto por el dinero que el espectador paga religiosamente en taquilla, un producto como "El mirón" tiene naturalmente que destacar. Aunque Larraz hubiera dirigido previamente "El fin de la inocencia", película que, espero, pueda olvidarse con rapidez, si los posteriores títulos de su director son, al menos, como "El mirón". ■ D. G.

## TEATRO

### Semana Cultural de Ibiza

Ibiza, patria "hippy" de los sesenta, espejismo pequeño burgués de la libertad y de la droga, hoy, esencialmente, el lugar donde pasan sus vacaciones —disciplinadamente— miles y miles de alemanes, decidió dedicar su IV Semana Cultural al tema del teatro. Antonio Gala, Francisco Nieva y Enrique Llovet pronunciaron sendas conferencias; hubo un coloquio, al que se sumaron otros conocidos nombres de la escena española, una exposición de bocetos, varias representaciones —de una obra de Gala por un grupo ibicenco; de una obra del argentino Gorostiza por dos actores "recalados" en la isla; sesiones de "happening" en un sugestivo espacio; más el estreno de "La Saturna", de Domingo Miras, por la Compañía del Corral de Almagro— y proyecciones cinematográficas.

La iniciativa —afrentada animosamente por un grupo de cordiales ibicencos— suscita antes una interrogación sobre la

condición social de la isla, sobre su realidad cultural, que un balance pormenorizado de la Semana. Separadamente, en todo caso, va mi juicio sobre el estreno de "La Saturna" y sobre la más polémica de las conferencias.

¿Qué sentido puede tener una Semana Teatral en Ibiza? ¿Constituirá, simplemente, una parte más del reclamo turístico de la isla, una ocasión para que unas cuantas personas llegadas de la Península escribamos ahora sobre la extraordinaria belleza del lugar —sólo maltratada por la especulación y los grandes hoteles en zonas muy concretas— o tendrá un sentido más profundo?

Ibiza es, me parece, y contra todo pronóstico, una tierra problemática, salvo, claro, para quienes van allí a ponerse por algún tiempo "fuera del mundo" y tienen su vida en otra parte. Tampoco lo es, por supuesto, para quienes, llevando en su interior una necesidad de creación, han encontrado en cualquier casa de la isla el sosiego y la medida natural del tiempo que se han perdido en la realidad compulsiva de las grandes ciudades. Ni para esos alemanes que apenas salen de las piscinas de los hoteles. Ni, tal vez, para esas docenas de apátridas que tienen como oficio el constituir un espectáculo indisolublemente ligado a las necesidades turísticas de la isla...

Pero en Ibiza hay también otras personas cuya humanidad no puede estar sincronizada con los gráficos de la hostelería. Gentes encuadradas en la Historia de España; que padecieron dolorosamente la guerra civil; que han sido víctimas y beneficiarios de la "mentalización hostelera" a que fue sometido nuestro país durante un largo período; que votaron el 15 de junio; que están insertas en la afirmación de su propia identidad dentro del Estado español; a las que afecta, en fin, una realidad histórica que no puede definirse sólo por la economía turística y la personalidad de los extranjeros o peninsulares que viven en ella transitoriamente.

La insularidad de Ibiza ha impregnado a sus gentes de un determinado carácter. Paradójicamente, siendo el sentido de soledad y de aislamiento uno de sus trazos más claros, el justificado éxito de Ibiza y Formentera en la iconografía de la placidez y de la independencia las ha convertido en tierra frecuentada por gentes de todo el